

Atenea

REVISTA MENSUAL DE CIENCIAS, LETRAS Y
BELLAS ARTES. PUBLICADA POR LA
UNIVERSIDAD DE CONCEPCION.

Año VI — Santiago, Agosto de 1929 — Núm. 56

E. Solar Correa

EL PATRIARCA DE LA POESIA CHILENA

PEDRO DE OÑA

1570 - 1643?

SIEMPRE tuvimos a Oña por un gran majadero. Ahora hemos debido allegarnos a él. Nos hemos acercado con la pesadumbre del navegante que enfila su prora hacia un mar muerto... Pero luego comenzó a parecernos que el hombre no carecía de interés. Un verso aquí, otro allá, solían saltar como peces luminosos desde el fondo del estanque letárgico. Allí había algo que vivía. A medida que se adentra en la lectura se van encontrando misteriosas armonías entre los versos del poeta y ese rostro alongado y fino que se prolonga en un barbilla suave, lisa—codiciable modelo para Domingo Theotocopuli—, y va explicándose uno ese aire aristocrático, delicado, que tan raro contraste ofrece con la férrea armadura que le cubre el pecho. Eso es el cantor de *Arauco Domado*: lo que el retrato dice: un hombre de gustos refinados, un alma tierna nacida para hablarnos de idílicos amores, y que las circunstancias vistieron de hierro,

Vino al mundo en medio del fragor de la guerra. Angol, su ciudad natal, era entonces una especie de fuerte avanzado en la línea araucana. Su padre pereció a manos de los indígenas, y en 1590 el virrey del Perú, don García Hurtado de Mendoza, que se hallaba lejanamente emparentado con su madre por línea de afinidad, trasladó al joven huérfano a Lima. Otorgóle allí una beca en el Real Colegio de San Felipe y San Marcos, donde obtuvo su título de licenciado, y después, ya hombre, lo nombró corregidor de Jaén de Bracamoros (Perú) (1).

Durante su estancia en la ciudad de los virreyes, Oña se mezcló activamente al movimiento literario de aquella metrópoli: escribió sonetos que adquirieron notoriedad, sostuvo una bullada controversia en verso con un poeta de apellido Sampayo y llegó a conquistarse un nombre, cuyo ecc—triunfo inaudito en aquella época—cruzó el Atlántico y fué a resonar en las llanuras castellanas, y repitiéronlo los labios de Lope y Calderón. Los círculos intelectuales limeños enorgullecíanse de poseerlo, la Universidad de San Marcos mirábalo como suyo, y una poetisa anónima—las mujeres debieron amar su apostura elegante y sus armoniosos versos—celebró en metro su talento poético:

Espíritu gentil, doma la saña
de Arauco (pues con hierro no es posible)
con la dulzura de tu verso extraña...

La dulzura de su verso... Reconocíase ya, en el mismo elogio, que su talento no era el sonoro y enérgico de la epopeya, y no lo ignoraba el mismo Oña. En el *Arauco Domado* (canto III) promete narrar en otra obra—tal vez en una novela pastoril—los lances galantes del Mecenas, su vida amorosa como diríamos ahora, mas advierte que allí se presentará

en traje pastoril, *mi propio estilo*.

La obra a la cual debe, sin embargo, su fama es un intento épico. El *Arauco Domado* vió la luz en Lima el año 1596. La primera parte del poema—la segunda no se escribió nunca—alcanza a más de diez y seis mil versos y está dividida en diez y nueve cantos. Tiene por objeto celebrar los hechos heroicos de don García Hurtado de Mendoza en la conquista de Arauco. El poeta, modestamente, asegura que no pretende rivalizar

(1) En 1643 vivía aún y, según parece, se encontraba residiendo en España.

con Ercilla, sino seguir su rastro, trayendo «a la memoria lo que él dejó al olvido» (1).

Un estudio crítico del *Arauco Domado* será siempre, por eso, un constante parangonar, un perpetuo ir y venir de Ercilla a Oña y de Oña a Ercilla.

El vate madrileño cantaba—son sus palabras—«el valor, los hechos, las proezas de aquellos españoles esforzados que a la cerviz de Arauco no domada pusieron duro yugo por la espada». El poeta criollo canta, en cambio, no a aquella raza heroica, sino a un héroe de aquella raza: al marqués don García Hurtado de Mendoza. El «es—dice Oña—todo el sujeto de este libro».

¿Por qué—podríamos preguntarnos—si ambos poetas se inspiran en idéntico asunto, el uno no pudo atribuir a don García el rango de protagonista, y sí lo pudo el otro? La explicación fluye espontánea. El punto de vista de Oña, frente a la figura de Hurtado de Mendoza, era muy diferente al de Ercilla. Primero, porque los hechos, por efecto de la distancia y la leyenda, se habían agigantado, y segundo, porque Oña nació, no en la Corte, en medio de las soberbias grandezas españolas de su época, sino en Chile, y dentro de su reducido mundo carecía de los puntos de comparación que se ofrecían a Ercilla. Mendoza, que para éste era solamente un joven capitán como había muchos en los tercios españoles, podía asumir fácilmente a los ojos de Oña las proporciones de un caudillo épico. Y así hubo de ser necesariamente. Imaginemos al humilde vate an-

(1) Antes de seguir adelante digamos dos palabras sobre el plan y asunto de la obra. En las primeras páginas hay muchas dedicatorias y licencias y prólogos y exordios. La moda de la época. Principia al fin el poema. Sábese en Lima el levantamiento araucano encabezado por Lautaro y Caupolicán. El virrey dispone que su hijo don García, acompañado de brillante hueste, acuda a sofocarlo (Canto I). En tanto en las selvas de Arauco realízase una de aquellas frecuentes fiestas o borracheras y en ella anuncian los agoreros la ruina definitiva de las armas indígenas (C. II). Sigue la descripción del viaje de don García (C. III), su arribo a Talcahuano (C. IV), y la derrota a los indios que pretenden asaltarlo en el fuerte de Penco (C. VI). El joven paladín pasa revista general a sus tropas y marcha contra Arauco (C. IX). Al vadear el Bío-Bío opónense los indios y son desbaratados (C. X); el avance continúa, prodúcense escaramuzas y triunfos de los españoles (C. XI), quienes, entre otros prisioneros, cogen al obstinado Galvarino y para escarmien de rebeldes, le cercenan ambas manos (C. XII). Aquí termina, en realidad, el relato de la guerra de Arauco. Lo demás son episodios o imaginarios o extraños a dicha guerra, unos intercalados en ésta y otros dispuestos en los últimos cantos del poema.

golino transplantado desde su oscuro rincón natal a la opulenta metrópoli del Virreinato del Perú, donde, a la sazón, el antiguo compañero de armas de Ercilla, rodeado de toda la majestad y boato de un rico soberano, empuñaba el máximum de poder que era dable alcanzar en este lado del Atlántico, y no nos será difícil comprender el deslumbramiento que debió experimentar la fantasía adolescente y exaltada del poeta. Aquel a quien Ercilla llamara «mozo capitán acelerado» álzase, para Oña, con el prestigio de un semidiós. «Hijo, nieto y biznieto de virreyes», escribe asombrado en la portada de su poema.

El *Arauco Domado* ha sido definido como una enfadosa adulación de don García, pero cuando se tiene presente lo anterior, surgen tentaciones de interpretar aquello que nos parece adulo servil como la expresión ingenua, sincera, de un alma maravillada. La gratitud que el poeta debía sentir hacia Mendoza y el hecho de no haber divulgado el poema mientras su héroe y protector estuvo en tierras de América son, por otra parte, circunstancias que atenúan el cargo. Lo peor es que faltó la medida en las alabanzas. «En el fondo de ellas—afirma Amunátegui Solar—se descubre considerable base de verdad.» Pero la exageración lo pierde. Quiere, por ejemplo, diseñar la prestante silueta de su héroe y lo compara nada menos que con el sol:

Catad aquí do sale don García
con tanto resplandor y luz tan rara
que no salir Apolo no importara.

Es, sin duda, demasiado. Ahora, si nos quiere dar una idea del vigor de su brazo, dirá:

El mar del sur, del norte y de Lepanto,
el más pequeño pez y oculta foca
sintieron claro el son del golpe avieso...

A Oña falta siempre, casi siempre, la medida. Por eso, en estas hipérboles hay que ver un temperamento—un temperamento férvido e indisciplinado—y no simplemente el ansia mezquina de halagar al poderoso. Nadie pensará que la alabanza de los personajes indígenas podía reportar al poeta beneficio alguno y, sin embargo, su exageración es la misma. La belleza de la india Gualeva, por ejemplo, en nada cede al brillo de don García:

...al sol deslumbra
y en las tinieblas lóbregas alumbra.

Los ejemplos podrían repetirse hasta agotar la paciencia

del lector, en particular estas comparaciones de carácter astronómico. Los astros es lo que está siempre más al alcance de su mano. Sírvenle como adminículos domésticos cada vez que necesita pintar o describir algo.

En vez de empeñarnos en discutir si Oña fué o no fué un adulator vulgar, interesa más—desde el punto de vista de la historia literaria—observar que con él se introduce en Chile esa poesía enfática, hiperbólica que Europa suele considerar como característica de nuestros *petits pays chauds*—poesía que felizmente nunca ha hecho fortuna entre nosotros—, y que, como apunta Pedro Henríquez Ureña, no es fruto del clima, muy variado en las diversas regiones de América, sino de la falta de una cultura sólida y de una buena disciplina intelectual, fuentes de ponderación y buen gusto.

Pero en Pedro de Oña hay, además, otros aspectos. Ya se irán presentando al volver de estas páginas.

Tornemos al *Arauco Domado*. Al igual que Ercilla, Oña emplea la llamada máquina caballerescas, esto es, la que hace intervenir la hechicería en el desenvolvimiento de la acción. Los *machis* o brujos indígenas pronostican la venida de don García a Chile y la derrota araucana; la hechicera Quidora anuncia el futuro virreinato del prócer y refiere la rebelión española que por aquel tiempo ha de estallar en Quito; Llarea, otra adivina, nos hace asistir por arte de magia a la campaña naval que el mismo jefe, siendo virrey, emprenderá en contra del corsario inglés Hawkins o Aquines, como lo llama Oña.

Ercilla, escapándose de su tema, narró un combate naval—el de Lepanto—y otro terrestre—el de San Quintín—: nuestro poeta ha prometido seguir su huella y lo cumple. Inútil es recalcar la incongruencia de tales episodios en uno como en otro poema pero no carece de utilidad el enfrentarlos. Ello da luz sobre el discutido problema del protagonista de *La Araucana* y parece confirmar una tesis que en otra ocasión hemos insinuado (1). Ambos autores—es indudable— al intercalar dichos episodios en su narración han procedido con la misma lógica; ambos vieron un lazo de unión entre ellos y la guerra de Arauco. ¿Cuál? El protagonista. En el caso de Oña es don García que triunfa lo mismo en Chile que en Ecuador, y en tierra que en el mar; en el caso de Ercilla es el pueblo

(1) *El Poema de Ercilla*. Atenea 1928, núms. 7 y 8.

español—España, cuyas armas vencían por igual en el viejo y en el nuevo continente, y en el mar como en la tierra.

Exornan el poema del joven licenciado—mejor que estos episodios históricos—otros de carácter imaginario, en que el poeta se goza en pintarnos, interpretados a su manera, los sanos esparcimientos conyugales de sus caciques monógamos y galantes, tal el baño de Fresia y Caupolicán que los críticos consideran como lo mejor del *Arauco* (canto V), y conjuntamente con ello el afecto entrañable que une a estos matrimonios mapuches, afecto del cual no es pequeña muestra el ansia que experimenta Gualeva al saber que Tucapel, su marido, fué alcanzado en Penco por las lanzas enemigas... La india, a través de varios cantos (1) corre cual otra apasionada sula-mita por los bosques y campiñas en demanda del esposo, y, encontrándole, restaña amorosa sus heridas.

La originalidad de tales escenas, con respecto a Ercilla, se halla en los detalles y en la manera de verlas y describirlas, no en la invención. El acuático solaz de Fresia y Caupolicán viene a ser, sobre todo en sus prolegómenos, un eco de las confidencias de Guacolda y Lautaro, y el dolor de Gualeva responde al de Tegalda, buscando el cadáver de su marido en el campo de batalla.

Con todo, nada más diferente, nada más opuesto que el temperamento de estos dos poetas, y la superioridad primera de don Alonso está en que supo escoger el género literario adecuado a su genio, en tanto que Oña se lanzó por sendero que no era el suyo.

Tres poetas—Ercilla, Garcilaso y Góngora—se alían en la obra del vate indiano: un épico y dos líricos. Tal es la fórmula espiritual de nuestro autor, dos veces más lírico que épico.

En su dilección por Góngora y Garcilaso es preciso ver un movimiento espontáneo de su alma—y adviértase que son los poetas más finos, más refinados del parnaso español—; Ercilla, en cambio, le fué impuesto por el medio, por la tierra, y tan ahincadamente que, no obstante la oposición de su temperamento, no pudo nunca sacudir su influencia. Ni en los postremos días le abandonó la obsesión de ser un poeta heroico a lo Ercilla—su última obra importante fué otro intento épico—y ya sabemos que desde muy temprano comprendió que aquella no era su cuerda.

(1) Cantos VI, VII, VIII, XII y XIII.

Tal vez no sería aventurado afirmar que Ercilla frustró al poeta que había en Oña. Todas las virtudes poéticas de éste—ingrávidas y brillantes como un polvo de oro—o se deslustran o se convierten en defectos al vaciarse en el recio molde del peninsular, y al contrario, sus naturales limitaciones y flaquezas adquieren violento relieve. Oña esconde, desde luego, dos excelencias: es más poeta que Ercilla—vence en sensibilidad e imaginación—, y es más artista que el maestro en la expresión métrica.

La naturaleza, que para el guerrero hispano no existe, es objeto de admiración para el licenciado chileno. Eso sólo sería ya una prueba de mayor sensibilidad y fantasía. Pero ahí están, además, para confirmarlo su amor por las escenas tiernas y delicadas y su mismo estilo, rico en imágenes, metáforas y prosopeyas que jamás se encuentran en el verso vigoroso, macizo de Ercilla. Este, a lo sumo, ve el símil: compara una batalla con una tempestad, el empuje de un guerrero con la embestida de un toro. Oña va más lejos. Hace intervenir a los elementos de la naturaleza, los personifica:

Las yertas rocas miran por un lado
con duro ceño y áspero semblante. . .

En la escena del baño, el sol se detiene a contemplar a Fresia cuando ésta, con airoso ademán, «la delgada túnica desprende», y el agua, deseosa de recibirla, en suave oleaje, «se adelantó del término y orilla». En otro lugar, el poeta describe una alborada: en el horizonte aparece un sol espléndido,

y de miralle el prado se reía. . .

¡El sol! ¡Cuánto parece amarlo nuestro poeta! Acaso, en la atmósfera neblinosa de Lima sentía la nostalgia del claro sol de su tierra y de ahí el recuerdo, la presencia constante del sol en sus estrofas.

En el *Arauco Domado*, por otra parte, existe una melodía métrica, una cadencia fácil que no es posible hallar en *La Araucana*. Mientras Ercilla camina con paso arduo, trabajoso, Oña avanza deslizándose con soltura, y hasta le queda espacio para enjorar, a veces, sus versos con rimas raras, lujo entonces tan inusitado que ni el mismo Góngora—millonario en rarezas de expresión—puede gloriarse de haberle poseído.

Pero ¿qué valen en una epopeya semejantes abalorios frente al insigne talento narrativo de Ercilla o a su destreza en la pintura de los caracteres? ¿Qué interés puede ofrecernos el exal-

tado idealismo de Oña junto a la realidad desnuda que exhibe *La Araucana*? ¿Qué mérito podemos atribuir a la fantasía de aquél—fantasía a menudo desbordada—frente al espíritu de observación prolijo y sabio de Ercilla? Ercilla—épico nato—va derecho a su objeto, sólo le preocupa referir con exactitud; Oña—lírico nato—quiere hacer literatura, quiere decir bellas frases, quiere hacer hermosos versos. Y a veces lo consigue.

Examinemos, por ejemplo, las gentes que habitan el *Arauco Domado*. ¡Cuánto difieren del mundo sencillamente real, humano que creara Ercilla! Los dioses del Olimpo frecuentan sus páginas, nuestros bosques se pueblan de ninfas y de sátiros, de ondinas y egipanes que alternan familiarmente con unos dulces pastores arcádicos, travestidos de indígenas araucanos. Los indios no sólo están hermosteados como los de *La Araucana*, no sólo son magníficos y caballerescos guerreros: ante todo son suaves y enamorados poetas. Olvida el autor, en ocasiones, que escribe una obra épica, y el poema se convierte en égloga. En realidad, no son los indios quienes hablan: es el lírico que, oculto bajo férrea armadura, rebasa por sus bocas y dice sus amores.

Pensaríase que Oña tiene en alto grado ese don de transmutación, de metáfora que caracteriza a los líricos, y sospechamos que cuando habla de Fresia o de Gualeva—sus heroínas indígenas—la imaginación del poeta anda muy lejos de los valles de Arauco. Tal vez, bajo esos nombres, exalte a alguna o algunas de las hermosas criollas que viera en Concepción o en Lima y que turbaron su corazón de veinte años, del mismo modo que Garcilaso metamorfoseaba a sus amadas en pastoriles Elisás y Galateas. Miremos a Fresia en el baño:

Es el cabello liso y ondeado,
su frente, cuello y mano son de nieve,
su boca de rubí, graciosa y breve,
la vista garza, el pecho relevado. . .

Una admirable muchacha blanca y de ojos azules, garzos. No cabe duda. El poeta, al describirla, estaba pensando, no en la india legendaria, sino en alguna apetecible criolla de cutis de leche. Adelantándose a Gautier, escribe para ella, toda una sinfonía en blanco mayor:

del *cándido alabastro* la *blancura*. . .
su frente, cuello y mano son de *nieve*. . .
columna a quien el *Paro* parias debe. . .
su tierno y *albo* pie por la *verdura*. . .
al *blanco cisne* vence en la *blancura*. . .
y por el pie *nevado* la *arrebata*. . .

Decíamos que estos indios de Oña eran más poetas que guerreros, y a ello debe agregarse que poseían ciertos ribetes de sabios. Asombra, en efecto, ver cuán enterados están de cosas de filosofía y cuán disertos se muestran en conocimientos históricos, mitológicos, cosmográficos... Los de Ercilla, a su lado, resultan casi unos analfabetos. Mas en este punto no deberíamos sorprendernos. Estamos en presencia del eterno fenómeno del discípulo que, con la virtud de un micrófono, realza y pone de manifiesto aun los defectos imperceptibles del maestro.

(Concluirá.)